

ISRAEL YEHOSHUA SINGER

DE UN MUNDO
QUE YA NO ESTÁ

TRADUCCIÓN DEL YIDDISH
DE RHODA HENELDE Y JACOB ABECASÍS

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Fun a Welt Vos Iz Nisht Mer*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

De la edición original en yiddish © 1947 by Israel Joshua Singer,
renovado en 1975 by Joseph Singer
De la traducción inglesa © 1970 by Joseph Singer
© de la traducción, 2020 by Rhoda Henelde Abecasis
y Jacob Abecasis Hachuel
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-31-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 5399-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Nota de los traductores</i>	7
1. Una celebración en el <i>shtetl</i> : Nicolás II es coronado zar	9
2. A la edad de tres años me envuelven en un taled y me atan al yugo de la Torá	2 1
3. En los cielos intercambiaron los géneros y se produjo una tragedia	3 1
4. Las guerras entre Israel y Amalek tras el almuerzo del sabbat	4 2
5. Un campesino alemán propaga una falsa acusación de crimen ritual y recibe su castigo junto a la puerta del <i>mikve</i>	5 3
6. A un <i>melámed</i> se le antoja convertirse en ángel durante la fiesta de <i>Purim</i>	6 1
7. Mi primer viaje en tren y los extraordinarios milagros que durante él me sucedieron	7 7
8. Mi abuelo, el autócrata, y mi abuela, que se rebelaba contra su poder	9 1
9. <i>Reb</i> Yejíel, el maestro de las mujeres en la ciudad de mi abuelo	10 1
10. El reino de la mujer en la cocina de mi abuela	11 3

11. Mis dos tíos y tías en casa de mi abuelo	123
12. La preparación del sabbat mientras una gata pía prefiere oír la Torá a cazar ratones...	130
13. Frádel, la oveja negra de la familia, y otros visitantes en casa de mi abuelo	141
14. Un hombre rompe una de nuestras ventanas por el honor de su padre y luego suplica perdón	157
15. Cómo me enamoré de una mujer casada que me doblaba la edad	177
16. Los judíos rezan salmos por una «virgen enferma» que trae al mundo a un bastardo	199
17. Tipos y personajes de Lentshin a comienzos del siglo XX	213
18. El temor al Jueves Verde, cuando el converso del <i>shtetl</i> encabezaba la procesión católica	229
19. Algunos <i>jasídím</i> se felicitan por la muerte del doctor Herzl	253
20. Algunos judíos no reparaban los tejados de sus casas, a la espera de la llegada inminente del Mesías	269
21. Un <i>Rosh Hashaná</i> se estropea debido a que el Mesías no se presenta	279
22. Lentshin se nos queda demasiado pequeño	295
<i>Glosario de términos hebreos y yiddish</i>	305

NOTA DE LOS TRADUCTORES

De un mundo que ya no está es una obra autobiográfica póstuma y, por añadidura, desgraciadamente inconclusa. Se publica—en lengua yiddish, como toda la producción literaria de Israel Yehoshua Singer—en 1946, dos años después de que un ataque al corazón seagara la vida del autor a la temprana edad de cincuenta y un años y, a la vez, truncara su proyecto de una creación mucho más amplia. Su editor de entonces (Matunes, Nueva York) lo resume con estas palabras al presentar el libro en su lengua original:

Según el plan de Singer, esta obra debía ofrecernos un amplio cuadro artístico de su vida y sobre todo de la vida en su entorno, desde los años de su infancia hasta su llegada a Estados Unidos en 1933. Se compondría de tres gruesos volúmenes, alrededor de mil quinientas páginas. En la mañana del jueves 10 de febrero de 1944, todo quedó truncado. La repentina y prematura muerte del gran maestro de la prosa convirtió en nada el señalado plan y muchos otros importantes proyectos.

El destino lo quiso así y hoy únicamente podemos disfrutar de los que habrían sido los primeros veintidós capítulos de la obra completa, es decir, los que alcanzan hasta que el autor casi cumple los trece años (año 1906). Los episodios de los que es testigo el niño Singer en el humilde y agobiante entorno que le rodea—ortodoxia religiosa y, a la vez, tradiciones y costumbres en gran medida ancladas más en la superstición que en la religión—son narrados a modo de flashes independientes. Sus escenarios sucesivos son: el *shtetl* de Lentshin, hasta la edad de seis años (capítulos 1 al 6); la casa de los abuelos maternos en Bilgoray, durante los meses de verano, hasta cumplir el autor los diez años (capítulos 7 al 13), y, finalmente, de nuevo Lentshin, hasta poco antes de los trece años (capítulos 14 al 22).

I

UNA CELEBRACIÓN EN EL «SHTETL»:
NICOLÁS II ES CORONADO ZAR

Cuán maravilloso e inaprensible es el cerebro humano en su capacidad para retener y recordar de forma permanente ciertas imágenes, incluso de escasa significación, y descartar en cambio otras que, siendo mucho más significativas, decide no guardar.

A lo largo de cuarenta y ocho años completos, es decir, desde el día en que cumplí los dos años, he conservado ante mis ojos la siguiente estampa, que con claridad quedó grabada en mi mente: la de un gran edificio, alto e iluminado con numerosas lámparas, atestado de gente. Suena la música. Me veo sentado sobre los hombros de un corpulento hombre barbudo. Un calcetín cae de mi pie al suelo, y las personas que están junto a mí se enfadan y me hacen señas. Me piden que me tranquilice, que no llore y guarde silencio.

Cuando años más tarde le pregunté a mi madre por este incidente de mi primera infancia, me contó que el gran edificio iluminado era la sinagoga de la pequeña ciudad de Bilgoray, donde nací, en la provincia de Lublín; que la música en la abarrotada sala provenía del conjunto *klézmer* que dirigía Guimpl, el violinista, y que la celebración se debía a que ese mismo día Nicolás II había sido coronado emperador de todas las Rusias y rey de Polonia. El hombre barbudo que me llevaba sobre los hombros era Shmuel, el ayudante del juzgado rabínico que presidía mi abuelo materno, el rabino de Bilgoray. Me había llevado a la sinagoga para que presenciara la ceremonia y la bendición que mi abuelo iba a pronunciar ante la comunidad judía, en presencia de los altos dignatarios rusos de la ciudad.

Mi madre me aclaró, por último, que los dos hombres que intentaron tranquilizarme, inquietos porque mi llanto podía alterar la solemnidad del momento, eran mis dos tíos, Yósef e Itche.

De paso, mi madre me contó otra historia. Una acción mía, es decir de un chiquillo de dos años de edad, contra el autócrata del Imperio ruso estuvo a punto de hacer que mi abuelo fuera deportado a Siberia. Sucedió como sigue. El comisario, el comisario de la provincia, había entregado a mi abuelo un libro, atado mediante gruesos cordones, con el fin de que se recogieran en él las firmas de todos los judíos de Bilgoray como expresión de apoyo al mandatario recién coronado. Para qué necesitaba con urgencia ese autocrático monarca, ungido por Dios, el apoyo de los judíos de Bilgoray nunca llegué a saberlo. Pero así lo exigió la policía rusa, y se comprende que todos los cabezas de familia de la ciudad se apresuraran a estampar su firma en él. Aquel día, la víspera de la coronación, el libro se hallaba sobre la mesa de mi abuelo. Mi madre, que había estado ojeando las firmas, al llegar a la mitad de la lista se quedó dormida. De repente despertó y vio, con un enorme susto, cómo su único hijo sujetaba con una mano varias páginas y hacía esfuerzos por arrancarlas. Con gran cuidado, mi madre logró salvar de su destrucción aquellas firmas de apoyo al zar. Después aseguró, y toda la familia lo ratificó, que fue un ángel del cielo quien la despertó a tiempo, pues mi abuelo, por ese crimen de lesa majestad, podría haber sido deportado a Siberia...

Esta historia, sin embargo, yo no la recordaba. Sólo me había quedado grabada la imagen de la sinagoga. Y otra imagen más de aquella época quedó también retenida en mi memoria: en una plaza completamente blanca, cubierta de nieve, se ha congregado un grupo de judíos, hombres y mujeres vestidos de negro. Mi madre sube a un carro, se-

guida por mí y por mi hermana mayor, que sujeta con fuerza mi mano. Un cortejo nos sigue a pie detrás del carro. Algún tiempo después, estando ya todos en la casa y con las velas encendidas en los candelabros, mi tío Itche, con una copa de vino en la mano, pronuncia el *kiddush*.

Según me contó mi madre después, ese día especial, mi padre, un joven de veintisiete años, acababa de ser nombrado rabino del pequeño *shtetl* de Lentshin, en la provincia de Varsovia. Toda la comunidad judía, hombres y mujeres, había salido al encuentro de su nuevo rabino y su familia. Era un viernes, próximo a la fiesta del *Pésaj*. Por qué razón he retenido en mi memoria el *kiddush* de mi tío Itche, que nos había acompañado en el viaje desde Bilgoray hasta Lentshin, y no el que pronunció luego mi propio padre, auténtico protagonista del evento por haber sido nombrado rabino por primera vez, es algo a lo que no soy capaz de dar respuesta.

Aparte de esas dos estampas fragmentarias, también conservo ante mis ojos otras imágenes diáfanas y destacadas de los años más tempranos de mi infancia.

El pequeño *shtetl* de Lentshin era minúsculo, más pequeño que una aldea. Las casitas no tenían el tejado cubierto con paja, como era habitual en cualquier aldea no judía, sino con tejas puntiagudas, y los pájaros se posaban a menudo en el borde más elevado. Sólo un edificio contaba con segunda planta y balcones. Las calles, aunque sin pavimentar, no se cubrían de lodo con la lluvia, ya que, debido a la proximidad del río Vístula, el terreno estaba formado por una espesa capa de arena blanca. En cuanto a las pequeñas tiendas del *shtetl*, los letreros que colgaban en su fachada describían las respectivas mercancías de modo gráfico: encima de la mercería, dos rollos de tela cruzados uno sobre

el otro; encima de la tienda de comestibles, unos grandes conos llenos de azúcar y envueltos en papel azul; y encima de la ferretería, cazos, cazuelas y paquetes de velas, además de cadenas, herraduras y grandes cuchillos que colgaban de las puertas. En el escaparate de las tiendas que vendían tabaco y cigarrillos había un gato con botas de charol que fumaba un cigarrillo en una larga boquilla. Mi madre se esforzaba por intentar responder a mi insistente pregunta: ¿por qué precisamente un gato tenía que llevar botas y fumar un cigarrillo? Pero se trataba de algo a lo que ella no podía responder. Al parecer, ya entonces mi sentido del realismo no soportaba una visión tan irreal.

Alternando con esas tiendas había pequeños talleres de artesanos judíos: sastres, zapateros y panaderos. En las panaderías, un rótulo exhibía un gran cruasán marrón en forma de media luna que parecía hecho de madera más que de masa. En el taller de los zapateros destacaba una alta bota con espuelas. Los sastres aún no habían colgado rótulos; y en una tienda de artículos de cuero, al lado de la imagen que pretendía ser una suela, un hombrecillo cosía a máquina un enorme zapato, indicando fielmente que allí, además, se fabricaban polainas.

En el *shtetl* existía una sola fábrica. En ella se producía, a partir de frambuesas, el *kvas*, una bebida espumosa y coloreada cuyo contenido solía salir disparado al destaponar la botella. Los motores de la fábrica de *kvas* jamás cesaban de girar y de producir ruido. Un pastoso residuo blanco, que parecía nata, fluía permanentemente desde las proximidades del edificio, entre trozos de cristal de botella verdes, rojos y marrones que los niños atrapéamos para mirar a través de ellos el mundo con los más bellos colores. Los restos del alambre que sujetaba los tapones de las botellas nos servían para fabricar monturas de gafas.

A cierta distancia de esa fábrica había una gran nave en

la que su propietario judío almacenaba toda clase de útiles aptos para trillar, arar y realizar otras labores agrícolas, que los granjeros polacos y también los suabos (los colonos alemanes de las aldeas vecinas), venían a comprar de vez en cuando. Además, dentro del *shtetl* había dos tiendas no judías: en una de ellas se vendía carne de cerdo, y en la otra cerveza y whisky. La pequeña sinagoga y la casa de estudio talmúdico adjunta, así como el *mikve* o baño ritual, estaban situados en un extremo, cerca de un erial donde pastaban vacas y gansos, y de un área encharcada, más una laguna que un lago, donde las vacas bebían y algunos patos nadaban. También las ranas se movían a sus anchas en aquella ciénaga, densamente salpicada de nenúfares.

Ya más alejadas del *shtetl* se hallaban la gran finca del aristócrata terrateniente polaco Cristowski y la imponente iglesia, un gran edificio rojo con dos torres, en el vértice de las cuales un par de cruces horadaban la vasta y esférica bóveda celeste.

El *shtetl*, todavía joven, apenas empezaba a perfilarse y contaba con una población formada en su mayoría por aldeanos judíos provenientes de los alrededores.

Su historia había comenzado no muchos años antes de nuestra llegada, cuando la policía rusa decidió expulsar a los judíos de las tierras de los alrededores en las que habían vivido durante generaciones. Puesto que la ley rusa únicamente les permitía establecerse dentro de la denominada Zona de Asentamiento, las familias judías desterradas decidieron comprar algunas parcelas al aristócrata polaco Cristowski y crear en su dominio, por ellas mismas, un pequeño *shtetl*. El terrateniente, que además ejercía como juez de la zona, encantado de poder vender su estéril tierra arenosa a buen precio, se encargó de obtener la autorización legal necesaria. Los judíos construyeron sus pequeñas casas, abrieron tiendas, instalaron talleres y, en fin, organizaron

su vida al modo habitual entre sus correligionarios de Polonia. Algunos madereros judíos que explotaban los densos bosques vecinos les regalaron la madera para levantar una pequeña sinagoga y la casa de estudio, además de un recinto que servía como baño ritual, y el terrateniente les cedió la parcela necesaria para esas construcciones de carácter religioso. En agradecimiento, los judíos incorporaron el nombre del aristócrata, León, a la denominación del *shtetl*, Leoncin en polaco y Lentshin en yiddish. En total se asentaron allí unas doscientas personas, pertenecientes a no más de cuarenta familias.

Cómo llegó mi padre a trasladarse desde Bilgoray, una pequeña ciudad en la frontera austríaca, a Lentshin, ese apartado rincón a algo más de cuatrocientos kilómetros de distancia, cerca de Varsovia, constituía una embrollada historia que mi madre evocaba a menudo con amargura.

Así se desarrolló todo.

Mi abuelo, *reb* Yaacov Mordejai Silverman, rabino de Bilgoray, amaba y admiraba a su hija Batsheva por ser muy estudiosa y haber llegado, mediante su propio esfuerzo, a ser capaz de leer y comprender el hebreo de los textos sagrados e incluso el arameo de la *Guemará*. El Pentateuco se lo conocía prácticamente de memoria. Por esta razón, mi abuelo buscaba para ella un marido instruido, preparado para ejercer un día de rabino en una localidad más importante que Bilgoray. Los casamenteros, por su parte, se enteraron de que en la vecina ciudad de Tomaszow, también dentro de la comarca de Lublin, el rabino *reb* Shmuel tenía un hijo estudioso y devoto creyente, de nombre Pinjas Mendel Singer, e intentaron concertar el matrimonio. Lo consiguieron. En el momento de la boda, mi madre había cumplido diecisiete años y mi padre veintiuno, justo después de que lo declararan exento del servicio militar.

Mi abuelo materno lo dispuso todo para la manutención

de la pareja en la casa familiar de Bilgoray durante cinco años, a fin de que su yerno dedicara todo ese tiempo a prepararse para obtener el título de rabino. Esta preparación implicaba, además, aprender el ruso y aprobar un examen, ya que, según preveía la ley, en Polonia un único rabino debía atender tanto las funciones espirituales como las civiles en cada *shtetl*. A mi padre, hijo y nieto de varias generaciones de rabinos y, desde su casamiento, yerno de otro, no le resultó nada difícil aprender los textos judíos requeridos y recibir la titulación en poco tiempo. Por el contrario, de ningún modo se mostró dispuesto a estudiar el ruso ni su gramática para aprobar el examen a nivel del cuarto año de instituto, tal como la ley exigía.

Pese a que mi abuelo materno contrató para él a un profesor de ruso, mi padre, en lugar de acudir a las clases, a menudo prefería reunirse en la casa de estudio con compañeros en una situación similar a la suya y emplear el tiempo asistiendo a charlas sobre jasidismo, o celebrando ágapes y visitas durante las fiestas a la corte del *rebbe* de Sieniawa, una ciudad de Galitzia, al otro lado de la frontera con Austria, donde pasaba semanas enteras. Aprovechaba además el viaje para visitar a sus padres en Tomaszow y allí encontrarse con antiguos amigos.

Todo este comportamiento hizo que en mi abuelo se despertara una gran antipatía hacia su yerno. La realidad era que éste no encajaba en el hogar de su esposa por otras varias razones.

En primer lugar, mi abuelo, al igual que toda su familia, procedía de Volinia, región ucraniana perteneciente a Rusia. Allí había ejercido durante cierto tiempo como rabino de los pueblos de Poryck y Maciejow, donde adquirió gran fama. Su hija, es decir, mi madre, también nació y vivió en Volinia hasta que se trasladó junto con mi abuelo a Bilgoray, en Polonia, cuando a él lo contrataron para el puesto

de rabino, tras la fama que había alcanzado como «el prodigio de Maciejow».

Mi padre, descendiente de varias generaciones de judíos polacos, hijo y nieto de rabinos *jasídim*, hablaba un yiddish con acento diferente al de Volinia, y ello provocaba frecuentes bromas y risas entre la familia de mi madre. Por si esto fuera poco, mi abuelo se tenía por *mitnagued*, es decir, perteneciente a la corriente centrada con preferencia en el estudio, en contraposición a la de los *jasídim*, cuyo misticismo, cánticos y bailes, así como sus cuentos sobre los milagros de sus *rebbe*s, él detestaba. Cuando aún ejercía como joven rabino de Maciejow, los *jasídim* lo habían llevado a visitar al *rebbe* de Turisk, con la esperanza de que se quedaría impresionado por su grandeza y se convertiría en uno de sus discípulos. Pero no fue así. Después del primer encuentro, mi abuelo regresó a su casa con el propósito de no desperdiciar nunca más el tiempo en aquellas tonterías y se entregó al estudio con mayor fervor.

Mi abuelo materno era, por añadidura, un hombre práctico, con profundo sentido del deber. Pensaba que cada uno era libre de elegir entre dedicarse a la Torá o a la *sejorá*. Mi padre, en cambio, era un visionario que detestaba cualquier clase de responsabilidad individual, puesto que todo en la vida dependía de Dios. Su filosofía era que con la ayuda del Creador todo iría bien. Mientras lo mantuvo su suegro se convirtió en padre de dos hijos, aparte de otro que murió al nacer. Y, sin embargo, el lado práctico no le preocupaba; no pensaba en cómo conseguir un medio de vida, y continuó negándose a abrir los libros para estudiar la lengua rusa, por considerarlos impuros y prohibidos. Le bastaba mantener sus relaciones con los *jasídim* y los *rebbe*s, además del estudio de la Torá. En su tiempo libre escribía comentarios y unas supuestas innovaciones sobre la *Guemará*, acerca de las cuales su suegro tenía una opinión muy pobre.

Tras fuertes discusiones, mi abuelo lo convenció de que se desplazara a Zamość para estudiar con un experimentado maestro, especializado en preparar a los rabinos para el examen que debían aprobar. Mi padre, sin embargo, tras pasar algunas semanas en Zamość abandonó al maestro, desperdiciando el dinero que mi abuelo había invertido por adelantado en las clases, y se marchó a casa de sus padres en Tomaszow. En realidad, temía enfrentarse a su severo suegro, que exigía ver resultados. Una de las razones que el joven yerno alegó para ese repentino abandono del estudio del ruso en Zamość fue el rumor que se extendió por la ciudad de que la esposa del maestro de ruso no usaba peluca, sino que la muy desvergonzada llevaba el cabello al descubierto.

Una vez que mi abuelo se convenció de que su yerno nunca llegaría a nada, insinuó a su hija, mi madre, que pidiera el divorcio. Mi madre no quiso ni oír hablar de ello, y su esposo se trasladó, durante algún tiempo, a la casa de sus padres en Tomaszow, donde nadie le exigía ni le reprochaba nada. Su madre, es decir, mi abuela Támele, era una santa mujer que nunca había pretendido que su propio marido la mantuviera, y siempre le permitió estudiar la Torá y la *Kabbalá* todo el tiempo que él quisiera mientras ella llevaba el negocio e iba y venía de Varsovia para comprar y vender la mercancía. Así mantuvo a la familia, ya que con las ganancias de su esposo no habría tenido ni para comprar puré de avena. De hecho, fue en uno de esos viajes de negocios cuando dio a luz a mi padre, concretamente en el interior de un carruaje, en un parto prematuro en el séptimo mes del embarazo. A ese bebé, pequeño y frágil, mi abuela Támele lo crió con mimos especiales. Por esa razón, ni se le ocurría pensar que su hijo tendría que ganarse la vida algún día, pues eso correría a cargo de su futura esposa. Por lo tanto, se explica que recibiera a mi padre con los brazos

abiertos cada vez que huía de la casa de su suegro, el exigente *mitnaged*. Ella lo cuidaba como a un niño, le preparaba caldos de pollo y galletas de mantequilla, y le envolvía el cuello con una bufanda de lana, tanto en invierno como en verano, no fuera a pillar, Dios nos libre, un catarro.

Mi madre, mientras tanto, no dejaba de escribir cartas a su esposo, e incluso fue a verlo personalmente para exigirle que ideara algún plan, ya que los cinco años de manutención a costa del suegro estaban llegando a su término. Mi padre accedió, y por fin salió al mundo a buscarse un medio de vida. Cubría sus gastos mediante los sermones que pronunciaba en cada *shtetl*, unos sermones en los que combinaba agudos comentarios suyos, conocidas interpretaciones de la Torá y cuentos jasídicos sobre milagros que siempre embelesaban al auditorio. Al mismo tiempo, procuraba vender suscripciones a un libro de oraciones que había traducido al yiddish. Y es que, además de estudioso y *jasid*, mi padre era también un hombre del pueblo, lleno de compasión y comprensión hacia las personas sencillas. Para éstos, para los simples artesanos y sus mujeres, tradujo también del hebreo a un yiddish popular el libro *Mivjar Ha'Peninim*, una colección de sabias sentencias que podrían serles de utilidad a esas humildes personas.

Sin embargo, nunca supo ganar dinero, ni tampoco tuvo éxito con la venta de las suscripciones a su libro. En uno de esos viajes y prédicas fue a parar a la pequeña comunidad de Lentshin. Tan cautivados por sus palabras quedaron aquellos judíos, que le rogaron que aceptara convertirse en su rabino. En el pueblo, la única autoridad responsable de los asuntos civiles, un simple agente de policía, solía, mediante unos cuantos *gulden*, hacer la vista gorda acerca de cualquier transgresión, y así fue como permitió que la población judía diera empleo a un rabino que no había apro-

bado el examen oficial de ruso. Mi padre aceptó el puesto y, con gran orgullo, regresó a casa de su suegro en Bilgoray para llevarse con él a su esposa y a sus hijos.

Mi abuelo materno puso mala cara cuando vio el contrato firmado por un colectivo de cuarenta cabezas de familia, todos ellos miembros de la comunidad de Lentshin; pero no había alternativa. Mi padre seguía insistiendo en no someterse, de ningún modo, a un examen. Antes de cumplir este trámite, la norma establecía que el rabino debía presentarse obligatoriamente ante el gobernador.

—Es inútil, suegro—se empeñaba él—. ¡Con el gobernador no voy a hablar!

Antes de que llegara la fiesta del *Pésaj*, mis abuelos maternos alquilaron un carruaje en el que se acomodó la familia: mi padre, mi madre y sus dos hijos, mi hermana, próxima a cumplir los seis años, y yo, que tenía casi tres. También viajó con nosotros el tío Itche, el hermano más joven de mi madre; mi abuelo le había encargado que nos acompañara, por una parte para que después le contara qué clase de *shtetl* era Lentshin, y por otra para que hiciera de séquito y aportara mayor prestigio a mi padre.

El puesto de rabino que mi padre iba a ejercer, al no contar con el aprobado en el examen de ruso, no podía tener carácter oficial. Por esa razón fueron los cuarenta cabezas de familia de Lentshin—*shtetl* que pertenecía y pagaba sus impuestos a la ciudad de Sochaczew—quienes se comprometieron a abonarle cuatro rublos a la semana, aparte de lo que le correspondiera por cada actuación como juez, por officiar una boda, por tramitar la venta de los alimentos *jaméts* o por otras funciones rabínicas parecidas. A mi madre le adjudicaron el suministro de la levadura que las mujeres necesitaban para hornear el pan trenzado del sabbat. Ella, como hija de un prestigioso rabino de provincias, se sintió rebajada por el modesto y nada oficial puesto rabínico de

su esposo. Mi padre, sin embargo, como eterno soñador y devoto de Dios, rebosaba satisfacción.

—Con la ayuda de Dios, todo saldrá bien—declaraba jubiloso.